

Catalunya 2006

en altas tasas de consumo y en menos inversión de la necesaria. Eso quiere decir que, tanto en el nivel de las familias como en el del conjunto del país, no ahorramos lo suficiente, y esto se acaba pagando. Segundo, tenemos un problema de calificación del trabajo. Tercero, tenemos un problema de desequilibrios con el exterior. El déficit comercial es brutal en este momento. Nuestra propuesta es que todos estos desequilibrios se tienen que compensar con más inversión, más innovación, trabajo más cualificado y más voluntad de reducir los déficits exteriores.

—¿Tenemos también un problema de mentalidad?

—También, clarísimo. No nos damos cuenta de cómo va el mundo. Nos pensamos que aquí, haciendo lo que hemos hecho hasta ahora, podremos seguir tirando. Pero tenemos que entender que ahora somos una pieza más en una red global en la que todo el mundo compite con todo el mundo. Nosotros nos tenemos que ganar la vida en esta red absolutamente abierta. Debemos comprender que si hay otros que se espabilan mucho más que nosotros, que tienen más iniciativa, que trabajan más, que están dispuestos a hacer más sacrificios y que están dispuestos a tener calificaciones personales y colectivas más altas, pues nos van a ganar la partida.

—Una de las cosas que han pasado es que, cuando éramos competitivos, hace décadas, nuestros ciudadanos querían instalarse por cuenta propia. Es decir, querían ser empresarios. Ahora la mayor parte de nuestros estudiantes de Economía y Empresa quieren ser funcionarios o trabajar para las grandes empresas, que son más seguras. ¿Hace falta un cambio de mentalidad aquí?

—Evidentemente.

—Pero ¿la actitud de los estudiantes ante la vida se puede arreglar desde el Gobierno?

—No, no. El Gobierno puede hacer una cierta pedagogía y un cierto discurso político y de país, y poco más. El Gobierno puede ser un referente para el país, puede comenzar el debate y hacer que se empiece a hablar de esto sin complejos. Por ejemplo, puede hacer que se hable de cómo reformar nuestro sistema educativo. La cultura del riesgo se tiene que reasumir, también la cultura del esfuerzo, la cultura del sí, en contraposición a la cultura del no, y también la cultura de no tenerle miedo al fracaso, que también es una cultura asociada al riesgo.

—Una parte de su programa habla de la estrategia medioambiental catalana. Lo que ha tenido más impacto ambiental en toda la historia de la humanidad es la agricultura, que ha destruido los bosques que había hace diez mil años, y ustedes proponen dar subsidios a los agricultores ¿Es una contradicción?

—El impacto agrícola no es a base de cemento, sino de productos naturales.

—¿Natural como el agua? El 66% del agua que se consume en Catalunya la usan los agricultores, no los campos de golf o los consumidores. ¿Por qué tenemos que tener una nueva cultura del agua que nos obliga a lavarnos menos los dientes para que los agricultores puedan derrochar el agua...?

—Una parte de nuestro país vive de la agricultura, y si a alguien que vive de la industria se le tiene que permitir que lo haga, a otro que quiera vivir de la agricultura o de la ganadería también se le tiene que permitir vivir de eso. Por tanto, de la misma forma que en determinados momentos se hacen políticas a favor de determinados sectores económicos, no veo impropio hacerlas a favor de la payesía en su sentido más amplio.

—Pero los obscenos subsidios públicos a los agricultores europeos (y también los catalanes) impiden a los países africanos producir y exportar...

—Sí. Pero eso ya es una reflexión distinta. Nosotros no podemos quedarnos al margen de lo que pasa en la Unión Europea respecto de política agraria. Y es cierto que esa política es un problema de presencia en el mundo. Ahora bien, lo que debemos hacer es ir preparando un sistema agrario que pueda competir internacionalmente en determinados segmentos del mercado, con productos de más calidad que no requieran subvenciones. De hecho, gran parte de la payesía catalana ya está orientada así.

—Cambiano de tema, Esperanza Aguirre siempre dice que el problema de Catalunya es que hablamos catalán y nos gastamos el dinero en tonterías como la lengua en lugar de invertir en cosas útiles como la economía. Muchos empresarios catalanes tienen miedo a demostrar su catalanismo. El hecho de que el Barça de Joan Laporta haya encontrado un equilibrio entre ser catalanista sin complejos y el éxito económico y deportivo demuestra que los empresarios están equivocados ¿Demuestra un fracaso



FOTOS: DAVID AIROB

de los partidos nacionalistas, que no han sabido explicar bien que ser catalanista no tiene por qué ser necesariamente perjudicial económicamente?

—Hombre, yo no sé si es un fracaso general, porque hay muchas excepciones muy potentes que contradicen la afirmación inicial. El Barça de Laporta es conocido porque sale en los medios, pero hay muchas empresas, iniciativas individuales y colectivas, gente que está haciendo bien su trabajo, a las que si se les diese relieve social, harían visible que tenemos un país mejor del que a veces pensamos. Yo más que un fracaso del nacionalismo creo que es una asignatura pendiente, y es verdad que probablemente aquí hemos tenido algún déficit de explicación, algún déficit de pedagogía, algún déficit de energía, algún déficit de firmeza, algún déficit de pérdida de complejos.

—Jordi Pujol dijo que Catalunya se ha mirado en el espejo del proceso estatutario y no se ha gustado. ¿Usted se ha gustado?

—Hombre, me habría gustado gustarme más. Pero de todas formas, creo que aquel que hace todo lo que puede en la posición que tiene tampoco está obligado a mucho más. Yo en este sentido tengo la conciencia muy tranquila, hice todo lo que pude, y creo que en circunstancias absolutamente difíciles.

—¿Usted traicionó el acuerdo del Parlament del 30 de septiembre cuando pactó con Zapatero?

—No. Rotundamente no. Yo serví a aquel acuerdo. Porque para mí el Estatut pactado con Zapatero y refrendado por el pueblo de Catalunya no anula el horizonte marcado el 30 de septiembre, simplemente es una parte sustancial de aquel camino, el resto del camino queda por hacer. Y más allá del Estatut del 30 de septiembre queda por hacer otro camino que es el camino de país.

—¿Traicionó usted un pacto secreto que tenía con Esquerra Republicana para ir juntos en todo este proceso?

—No, no había ningún pacto.

—Ellos dicen que había un pacto y que ustedes no lo cumplieron.

—No había ningún pacto, y además quiero recordar que ERC, antes del 30 de septiembre, ya había entregado su sí al Partido Socialista, antes de que se terminara de definir el modelo de financiación. Y quiero recordar que en el proceso de negociación en Madrid, Joan Puigercós daba el concepto, la terminología "comunitat nacional" como suficiente para definir Catalunya. Aquí lo que hubo fue un ataque de celos tremendo en el momento en el que CiU asumió el liderazgo de la operación.

—¿Si no hubiese habido foto, usted habría hecho el pacto con Zapatero?

—Antes de aquella foto del 23 de enero, y lo revelaré ahora por primera vez, yo tuve cinco reuniones con Rodríguez Zapatero en los meses anteriores, cinco. No hay ni una sola foto de estas cinco reuniones. Ni una. ¿Hay algún político catalán que se haya reunido tantas veces con el presidente del Gobierno sin hacerse ni una sola fotografía?

—Pues si no le importaba la foto, ¿por qué no se esperaba unas horas y se la hacía con todos los demás líderes catalanes?

—Los dirigentes del Partido Socialista en Madrid dijeron que o bien se hacía la negociación con CiU o no había Estatut. Entonces surgió la cultura del sí y de la responsabilidad de CiU, y aceptamos. Sin embargo, les dije que, al estar nosotros en la oposición, asumíamos un gran peligro de que un posible acuerdo terminase favoreciendo a nuestros adversarios políticos. Por eso, porque asumimos un importante riesgo político, pensamos que debíamos tener un poco de protagonismo.

—O sea que la foto era importante.

—No era importante la foto, lo que era importante

era visualizar que CiU había asumido un riesgo muy grande que no le tocaba, y cuando alguien arriesga en la vida también tiene que tener una pequeña compensación. Y nuestra compensación fue que fuimos protagonistas de un pacto muy importante. Pequeña compensación, porque esto vino contrarrestado por otra cosa, que fueron las críticas furibundas que recibimos. Yo me he tenido que oír llamar *botifler*, traidor... Y en los mítines de ERC antes de aprobarse el Estatut pasaban imágenes de televisión y de vídeo donde se me presentaba a mí, no a Montilla, ¡eh!, a mí, se me presentaba como el traidor y el *botifler*. Es decir, CiU, Duran, yo y todos los demás negociadores, que nos habíamos esforzado para defender el Estatut en Madrid, prácticamente sin el apoyo de nadie, éramos acusados de traidores y de *botiflers*, mientras que los que habían rebajado el Estatut por obra propia, que era el Partido Socialista, quedaban totalmente salvaguardados.

—Otro tema conflictivo de su programa es este contrato con el notario.

—No sé por qué, pero vaya.

—Porque da la impresión de que o saben que el pueblo no confía en ustedes o que la clase política está tan desacreditada que necesitan certificarlo con un notario ¿Tan desacreditados están entre unos y otros?

—Que la política en general tiene una falta de credibilidad es así, y podemos afrontarlo o

no afrontarlo. Nosotros no miramos hacia otro lado. Sabemos que esto es así y hay que afrontar el problema. Lo del notario es un poco la anécdota. Lo importante es que la política tiene un problema de credibilidad a la hora de asumir compromisos electorales. Pues bien, los principales compromisos los ponemos en forma de contrato simple, de tres o cuatro páginas, muy bien esquematizado, en el que están nuestras principales propuestas, y esto lo enviamos firmado a todas las casas de Catalunya. Para darle solemnidad y formalidad, que ya se entiende que es un poco aquello de poner la guinda del pastel, vamos al notario. Pero no se tiene que elevar la anécdota a la máxima categoría. Ir al notario es un gesto para decir: nuestro compromiso es firme.

—En 1999 pactaron con el PP en Catalunya. Escogieron, y muchos de sus votantes se sintieron traicionados...

—Un matiz: cuando se eligió al president Pujol en su última legislatura como presidente de la Generalitat, se firmaron dos pactos, uno con el PP, que votó a favor, y otro con ERC, que está escrito, con una serie de cláusulas, que se abstuvo. Por tanto, se firmaron dos pactos, no uno, sino dos.

—¿Se puede volver a repetir eso de pactar con el PP?

—No, rotundamente. En los próximos cuatro años no.

—¿Qué prefiere: estar en la oposición o formar gobierno con el apoyo del PP?

—Estar en la oposición.

—Decía Josep Pla que lo más parecido a un español de derechas es un español de izquierdas. Cuando Aznar no tenía mayoría absoluta hablaba catalán en la intimidad. ¿Si Zapatero obtiene mayoría absoluta, tendrá menos talento?

—Yo creo que Zapatero es distinto de Aznar. Pero al final la relación entre Catalunya y España, y entre el Gobierno de Catalunya y el Gobierno español, es una relación que se basa en los intereses y en la fuerza, no en la sonrisa ni en la amistad personal. Por tanto, mejor que tengamos fuerza y sepamos qué intereses tenemos que defender y no nos fiemos del talento, que el talento se puede modular en función de las circunstancias y de las mayorías.

—¿El desgobierno del tripartito ha sido culpa de ERC?

—No exclusivamente.

—¿Tiene miedo de que si ustedes pactan con Esquerra Republicana les contagien ese desgobierno?

—Nosotros, precisamente, queremos los menos pactos posibles. Con el PP, ninguno. Pero con los otros, los menos posibles, porque sabemos que todos ellos aportan una parte difícil de asumir. En el caso de ERC su inconstancia desde el punto de vista de la acción de gobierno y su poca cultura de lo que significa un gobierno. El gobierno no son cuatro o cinco departamentos distintos con unas cuantas consejerías cada uno. Un gobierno tiene que tener cohesión interna, un proyecto único que defender, más allá de las discusiones que pueda haber, un solo proyecto, un solo liderazgo. Todo esto el tripartito no lo ha tenido, y en este sentido ERC es un socio incómodo. Por lo que se refiere al PSC es un socio embarazoso desde el punto de vista de la visión y del concepto de país.

—Un nacionalista que le vote a usted el día 1 pensando que no quiere que los partidos de obediencia española manden en la Generalitat, ¿puede encontrarse el día 2 con la sorpresa de que el conseller primer es José Montilla?

—Lo contesto con claridad. Yo solamente he descartado explícitamente el pacto con el PP. El resto depende del resultado. Como yo aspiro a una victoria muy clara de CiU, yo espero que el día 2 yo pueda anunciar un gobierno de CiU, que será un gobierno nacionalista y un buen gobierno. Y añado otra cosa, lo importante no es que en el gobierno haya un partido nacionalista. Esto ya ha pasado en los últimos tres años. Lo importante es que el gobierno lo lidere un partido nacionalista. Que es muy distinto. Lo importante no es que dentro de la estructura del gobierno haya unos que tienen un 20% o un 15% de los votos que sean los nacionalistas de complemento o de contrapeso. Lo importante es que el liderazgo de Catalunya lo lleve un partido de estricta obediencia catalana, no vinculado a los poderes políticos españoles y que tenga un grado de autonomía lo suficientemente claro para poder defender los intereses del país. Esto, en este momento, solamente lo garantiza Convergència i Unió. Por tanto, más que quién compone el Govern lo importante es quién lo lidere, qué fuerza política lo lidere. En este sentido nadie duda que o lo liderará José Montilla con el PSC o lo liderará CiU.●